

FÁBULA, en el Nuevo Testamento se da este nombre a una narración insulsa, infundada y sin mérito, como la de las leyendas mitológicas de los paganos, y las vanas tradiciones de los judíos. Estas eran a menudo no solamente falsas y débiles, sino perniciosas, 1 Tim. 1:4; 4:7; 2 Tim. 4:4; Tito 1:14; 2 Ped. 1:16. En el Antiguo Testamento ocurren dos fábulas en el mejor sentido de la palabra: la de Joatam, Jue. 9:8-15, que es la más antigua de las consignadas; y la de Joás, 2 Rey. 14:9.

FALEC, o PELEG, *división*, hijo de Heber y padre de Ragau, ascendente del Redentor, Gén. 10:25; 11:16-19; 1 Crón. 1:19-25; Luc. 3:35.

FALTAS, imperfecciones o deformidades que hacían a los hombres inhábiles para el sacerdocio, y a los animales para el sacrificio, y las cuales se enumeran en Lev. 21:18-20; 22:20-24. El Gran Sumo-Sacerdote de nuestra profesión se ofreció sin mancha a Dios, Heb. 9:14.

FANUEL, *a quien Dios mira*, Luc. 2:36.

FARAÓN, el título general de los reyes egipcios. Antiguamente se creía que era una palabra compuesta del artículo egipcio Pi o Ph y de Ra el sol, por ser considerado el rey como representante terrestre del Dios-sol; o del artículo Ph y de la palabra copta ouro, rey. Pero los modernos egiptólogos traducen esa palabra la gran casa, equivalente a la turca, “la sublime puerta.” En el estado todavía incierto de la cronología egipcia, y de la Bíblica antes de Salomón, es difícil identificar a los Faraones del Antiguo Testamento con los reyes cuyos nombres propios nos son conocidos por otros conductos. Treinta dinastías reales—que se extienden desde Menés, el primer rey, hasta Nectanebo II, el último de los gobernantes nativos de allí, Ezeq. 30:13, destronado en la segunda conquista de Persia, 343 A. C.—se cuentan por Maneto, un sacerdote o historiador egipcio, de 300 a 250 A. C. Algunos de ellos eran, sin embargo, reyes contemporáneos de diferentes partes de Egipto. El término Faraón se aplica a todos los reyes egipcios mencionados en la Escritura, con excepción de cuatro.

I. El Faraón de Abraham, cuya visita a Egipto, Gén. 12:15-20, ocurrió durante el periodo de los Hyksos o reyes pastores, extranjeros semíticos que conquistaron a Egipto y gobernaron por lo menos el Bajo Egipto por varios siglos, incluyendo la 15^a, 16^a y 17^a dinastías. La cronología común da a esta visita la fecha de 1920 A. C.—R. S. Poole, del Museo Británico, le da la de 2080, bajo el reinado de Salatis, el jefe de la 15^a dinastía.

II. El Faraón de José, Gén. 37:36; 39 a 50. José puede haber llegado a Egipto 1728 A. C. bajo un rey anterior al que lo exaltó, 1715 A. C. Eusebio dice que este último fue Apofis; y la fecha de su reinado se fija por algunos en 1876-1850 A. C. H. Brugsch, erudito egiptólogo, pretende haber hallado en la tumba de Baba, del tiempo de los reyes pastores, una inequívoca referencia a José y a los siete años de hambre: “Yo reuní grano como si fuera amigo de los dioses de la cosecha ... y cuando sobrevino una hambre que duró muchos años, entonces distribuí grano a la ciudad en su necesidad.”

III. El Faraón de la opresión, en cuyo reinado nació Moisés, Exod. 1:8 a 2:23; Hech. 7:18-20; 11:23, 1571 A. C. Los estudiantes de la Biblia y los Egiptólogos identifican ahora a este rey con Rameses II, cuya fecha Lepsius indica ser 1388-1322 A. C. Él fue el tercer rey de la 19^a dinastía; fue llamado por los Griegos Sesostris, y fue el más célebre de todos los Faraones, conquistador famoso en Africa, Asia y Europa, y gran edificador. Sus estatuas y templos se hallan por todo el valle del Nilo desde Zoan hasta Nubia. La momia de Rameses II con otras muchas de personas regias y sacerdotales, fue descubierta en 1881 en una cámara formada en la roca en la margen occidental del Nilo, en Deir el Bahari, cerca de

Tebas, y trasladada al Museo Boulak de Cairo. A él es al que se le pinta matando prisioneros en el grabado correspondiente que se halla en la palabra Egipto.

IV. Puede suceder, sin embargo, que el Faraón del destierro de Moisés en Madián, a la edad de 40 años, Exod. 2:11-22, haya sido distinto, tanto del rey bajo cuyo reinado nació, como del Faraón del éxodo, cuando Moisés tenía 80 años; y que este Faraón de Moisés en Madián haya sido Rameses II.

V. El Faraón del éxodo, Exod. 2:23 a 15:19; 2 Rey. 17:7; Neh. 9:10; Sal. 135:9; 136:15; Rom. 9:17; Heb. 11:27, 1491 A. C. Se le identifica generalmente con Menepta I, hijo y sucesor de Rameses II. Su reinado, según los monumentos, no fue glorioso, y murió sin acabar la tumba de su padre. Un monumento de Tanis menciona la pérdida que tuvo de su hijo: la cual el Dr. Brugsch relaciona con la muerte de los primogénitos. Las tumbas formadas de muchas cámaras pintadas, de los Faraones de las 18^a, 19^a y 20^a dinastías, han convertido en catacumba los cerros calizos que se hallan cerca de Tebas. De aquí es que se cree, que las momias recientemente descubiertas fueron removidas a la caverna en donde se encontraron, para ponerlas en seguridad después de la caída de la dinastía de Rameses.

VI. El Faraón cuya hija Bethía llegó a ser esposa de Mered, de la tribu de Judá, 1 Crón. 4:18.

VII. El Faraón del tiempo de David que casó a la hermana de su mujer con Adad el Idumeo, 1 Rey. 11:14-22. Como por 1030 A. C. Véase Tafnes.

VIII. El Faraón cuya hija tomó Salomón por mujer, 1011 A. C., 1 Rey. 3:1, y quien tomó a Gezer de los Cananeos y la presentó a su hija, 1 Rey. 9:16. Este rey, y el de que se habla bajo el núm. VII, pertenecían probablemente a la 21 dinastía, o sea la Tanita, en el Bajo Egipto.

IX. Sisac, hacia el fin del reinado de Salomón, y durante el de Roboam, 975 A. C. Véase Sisac.

X. Zera, rey de Egipto y de Etiopía en tiempo de Asa, 930 A. C. Véase Zera.

XI. So, o Sevecus, contemporáneo de Acaz, 738 A. C., 2 Rey. 17:4. Véase So.

XII. Tiraca, rey de Etiopía y de Egipto en el tiempo de Ezequías, 720 A. C., 2 Rey. 19:9; Isa. 37:9. Véase Tiraca.

XIII. El Faraón en quien el rey Ezequías confió en su guerra con Senaquerib, 2 Rey. 18:21; como por 712 A. C. Este fue probablemente el Setos de Heródoto y el Zet de Maneto, último rey de la 23^a dinastía. Una caña encorvada era el signo jeroglífico del rey del Alto Egipto.

XIV. Faraón Nechao, o simplemente Nechao, 612-596 A. C. en tiempo del rey Josías, 2 Rey. 23:29, 30; 2 Crón. 35:20-24; Jer. 46. Véase Necao.

XV. Faraón-Hofra, por el año 590-570 A. C., nieto y segundo sucesor de Nechao, es el Apriés de Heródoto y Diodoro. En los principios de su reinado sometió a la Fenecia, tomando a Zidón, y volvió a Egipto con grandes despojos. Sedequías, el último rey de Judá, solicitó su auxilio al rebelarse en contra de Nabucodonosor, Ezeq. 17:11-17. Su avance hizo que los Babilonios que estaban sitiando a Jerusalén, retirasen sus fuerzas; pero en breve volvieron y capturaron dicha ciudad, 588 A. C. abandonando los Egipcios a sus aliados, Jer. 34:1; 37:5-11; 2 Rey. 25:1-4. Nabucodonosor después invadió con buen éxito a Egipto, Jer. 46:13-26; Ezeq. 30:20-25. Faraón-Hofra fue depuesto por sus súbditos después de una

desastrosa expedición contra Cirene. Su sucesor Amasís lo trató al principio bondadosamente, pero se vio al fin compelido por el sentimiento popular a ordenar que lo mataran, Jer. 44:30. La arrogancia de Hofra, tal como se le pinta por Jeremías, y por Ezequiel, caps. 29-32, se describió también por Heródoto.

Faraón, La Hija de. I. La que preservó a Moisés, Exod. 2:5-10; Hech. 7:20-21.

II. Bethía, la esposa de Mered, 1 Crón. 4:18.

III. Una de las esposas de Salomón, 1 Rey. 3:1; 7:8; 9:24; 2 Crón. 8:11. Fue tratada con distinción, pero al parecer permaneció en la idolatría.

FARES, *rotura*, hijo de Judá y de Tamar, hermano gemelo de Zara, Gén. 38:29; 46:12, y progenitor de la gran familia de los Faresitas, Núm. 26:20; Rut 4:12, 18; 1 Crón. 9:4. Se le menciona asimismo en Neh. 11:4, 6; y en Mat. 1:3; Luc. 3:33, como ascendiente del Salvador.

FARISEOS, separados, un partido numeroso y dominante de los judíos, en los tiempos del Nuevo Testamento—expositores ortodoxos y defensores de la ley, puestos en contraste con las otras dos sectas, los Saduceos y los Essenes. Los Fariseos estaban de acuerdo en los principales puntos de doctrina y de práctica, pero se hallaban divididos en diferentes escuelas en cuanto a puntos de menor importancia, bajo jefes tales como Hillel y Shammai, célebres rabinos de la generación anterior a Cristo. Es difícil conocer el origen de los Fariseos; pero fueron probablemente una continuación de los Assideanos—“los piadosos”—partido que existía en la época en que los Macabeos se levantaron, celosos por la observancia externa de la ley, 1 Mac. 2:42; 7:13; 2 Mac. 14:6, en oposición a la facción helenizadora que favorecía las prácticas paganas, cediendo a sus gobernantes sirios, los cuales procuraban amalgamar así, valiéndose de la persecución si era necesario, las diferentes nacionalidades que estaban bajo su potestad, 1 Mac. 1:41-64. Esta actitud de ortodoxia e intenso nacionalismo era guardada por los Fariseos en el tiempo de Nuestro Señor, si bien lo primero había degenerado en un vacío formalismo, Mat. 23, y lo segundo en un espíritu irracional de rebelión. En la ascensión de Herodes al poder, 6,000 de ellos rehusaron al principio prestar el juramento de sumisión, y después los Fariseos organizaron también la desesperada resistencia hecha a los Romanos, que dio por resultado la destrucción de Jerusalén, y la matanza o dispersión del pueblo judío. La popularidad e influencia de este partido pueden atribuirse a su actitud política, así como a la santidad de que habían hecho profesión, y a su extremo apeamiento a las formas externas de piedad.

A la vez que estimaban los libros escritos del Antiguo Testamento, atribuían una autoridad igual a los preceptos tradicionales suplementarios a la ley escrita, pretendiendo que Dios los había comunicado a Moisés por trasmisión oral; véase Tradición; y finalmente magnificaron estos preceptos, principalmente en cuanto a los ritos externos, haciéndolos superiores a la ley escrita, cuyo espíritu violaban a menudo con la rígida aplicación de su letra y de sus interpretaciones tradicionales y filosóficas, Mat. 12:1-8; 15:1-9. Además de esta creencia en las tradiciones que los Saduceos rechazaban, diferían de éstos en que creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección del cuerpo, Hech. 23:8; en la doctrina de recompensas y de castigos futuros, y en la de una Divina Providencia que coopera con el libre albedrío humano, Hech. 5:34-39.

A la vez que los Fariseos daban escrupulosamente las primicias de los más insignificantes productos, desobedecían los preceptos divinos de justicia, misericordia y humildad, Mat. 23:23; comp. Miq. 6:8; mientras que rígidamente ayunaban en los tiempos prefijados, veían con descuido esa abstinencia del egoísmo que Dios ordena, Luc. 18:12; Mat. 23:14; comp. Isa. 58:6-10; y mientras que cuidadosamente

practicaban las abluciones externas de la persona y de los utensilios, hacían poco caso de la pureza del corazón, Mat. 23:25-28; Mar. 7:4-23. Abrumaban la conciencia del pueblo con cuestiones pueriles, tales como si era legal comerse un huevo puesto en sábado, o de qué material debía hacerse el pabito de la lámpara que ardía en el mismo día. Véase Mat. 23:4.

Aunque Cristo reconocía la autoridad de sus enseñanzas Bíblicas, Mat. 23:2, 3, repetidas veces reprendió sus tradiciones anti-Bíblicas, y su orgullo, avaricia, ostentación e hipocresía, Luc. 16:14, 15; y por esa razón incurrió en el odio de ellos, para satisfacer el cual se aliaron a sus opositores políticos y religiosos, los Herodianos y Saduceos, Mat. 22:15-34, y formaron parte del consejo que lo sentenció a muerte, Mat. 26:59-68 con Hech. 23:6.

Por otra parte parece que hubo entre ellos individuos de probidad y aun de sincera piedad, tales como José de Arimatea, Nicodemo y otros, Luc. 23:50-53; Juan 3:1; 7:50, 51. Saulo de Tarso era Fariseo, Hech. 26:5; Gál. 1:14. Los rasgos esenciales del carácter de ellos son todavía comunes en las tierras cristianas, y no son menos odiosos a Cristo de lo que eran antes.

FARSANDATA, *dado por oración*, un hijo de Amán, Est. 9:7.

FARÚA o PARÚA, *florecimiento*, padre de Josafat en Isacar, 1 Rey. 4:17.

FASEA o FESE, *cojo*, l., descendiente de Judá, 1 Crón. 4:12.

II. Cabeza de una familia de Netineos en tiempo de Zorobabel, Esd. 2:49; Neh. 3:6; 7:51.

FAVOR, comúnmente gracia o buena voluntad; en varios pasajes significa literalmente presencia o semblante propicio, Sal. 45:12; 119:58; Prov. 19:6; 29:26. La misma palabra hebrea se traduce rostro en Gén. 43:35; Núm. 6:25; Ezeq. 39:29; y faz en Job 33:26.

FE, es el ascenso que el entendimiento presta a alguna verdad. La fe religiosa es el ascenso a la verdad de la revelación divina y a los acontecimientos y doctrinas que ella contiene. Esta puede ser meramente histórica, sin producir ningún efecto en nuestra vida interior y exterior, y es en tal caso una fe muerta, tal como la tienen los demonios mismos. Pero una fe viva o salvadora no sólo cree las grandes doctrinas de la religión como verdaderas, sino que las abraza con el corazón y los afectos, siendo así el origen de una obediencia sincera a la voluntad divina, manifestada en nuestros sentimientos y en nuestras obras. La fe en Cristo es una gracia originada en el corazón por el Espíritu Santo, y en virtud de la cual recibimos a Cristo como a nuestro Salvador, nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, y le amamos y obedecemos como a tal. Esta fe viva en Cristo es el medio de salvación, no de un modo meritorio, sino instrumental. Sin ella no puede haber perdón de pecados, ni santidad de vida; y los que son justificados por la fe viven y se mueven por ella, Mar. 16:16; Juan 3:15, 16; Hech. 16:31; 1 Juan 5:10.

La fe verdadera es una gracia esencial, y el móvil principal de la vida cristiana. Por ella el cristiano se sobrepone al mundo, a la carne y al diablo, y recibe la corona de la justicia, 2 Tim. 4:7, 8. En virtud de ella, los hombres dignos de la antigüedad obraban grandes maravillas, Heb. 11; Hech. 14:9; 1 Cor. 13:2, siendo sostenidos por la Omnipotencia al hacer todo aquello que Dios prescribía, Mat. 17:20; Mar. 9:23; 11:23, 24. En Rom. 1:8, la fe se toma por la manifestación que de ella se hace en la práctica de todos los deberes implicados en una profesión de fe.

FEBE, mujer cristiana, al parecer diaconisa de la iglesia en Cencreas, y portadora de la epístola de Pablo a los Romanos, a cuya confianza cristiana y cuidado la recomienda él, así como a su misión, Rom. 16:1, 2. La persona que a semejanza de Febe, auxilia a un siervo fiel de Cristo, puede por ese medio contribuir a que se efectúe un inmenso bien. Véanse Cencreas y Diaconisa.

FELIPE, *amador de caballos*, I., El tetrarca, Luc. 3:1. Véase Herodes V.

II. El marido de Herodías, Mat. 14:3. Véase Herodes II.

III. El apóstol, nativo de Betsaida, discípulo de Juan el Bautista, y uno de los doce que fueron desde un principio llamados a seguir a Cristo, Mat. 10:3; Juan 1:43-48; Hech. 1:13. Se menciona varias veces en los Evangelios, Juan 6:5-7; 12:21, 22; 14:8-10. La tradición dice que predicó el evangelio en Frigia y que murió en Hierápolis.

IV. El evangelista, uno de los siete primeros diáconos de la iglesia primitiva de Jerusalén, Hech. 6:1-6. Cuando los cristianos, excepto los apóstoles, fueron echados de Jerusalén por la persecución después de la muerte de Esteban, Felipe fue a Samaria, en donde predicó el evangelio con grande éxito y obró muchos milagros “dejando atónito” a Simón, quien ejercía la magia, Hech. 8:1-13. De la población de Samaria Felipe fue enviado divinamente a un paraje solitario—a uno de los caminos que hay entre Jerusalén y Gaza, y que conducía a una región entonces comparativamente despoblada. Allí se juntó con un Etíope de alto rango, prosélito del judaísmo y estudiante de la Biblia, que iba a su casa de vuelta de una de las festividades judías, y tuvo la fortuna de conducirlo a creer en Cristo, confirmando en el acto el Espíritu Santo su fe haciendo desaparecer milagrosamente a Felipe. Desde Azoto predicó el evangelio en todas las ciudades que había en el camino hasta llegar a Cesárea, en donde 18 o 19 años más tarde, Pablo y sus compañeros se hospedaron con él por algún tiempo, Hech. 8:26-40; 21:8-10. Tenía cuatro hijas dotadas con el don de la profecía; compárense Hech. 2:17.

FÉLIX, *feliz*, gobernador romano de Judea, que fue en su origen esclavo; pero manumiso y protegido por Claudio César, de quien recibió el nombre de Claudio. Se describe por el historiador Tácito como cruel, licencioso y bajo, apareciendo haber perjudicado a Judea con su mal manejo. En ese país se casó con Drusila, hermana de Agripa el más joven, habiéndola incitado a que abandonara a su marido Azizus. Enviado Pablo por Lysias a Cesárea, asiento entonces del gobierno, Félix le dio audiencia y quedó convencido de su inocencia. Con todo, lo retuvo como prisionero, aunque aligerándole el peso del cautiverio, con la esperanza de que sus amigos comprasen su libertad dando un valioso rescate. Entretanto su esposa Drusila, que era judía, quiso oír a Pablo explicar la nueva religión; y habiendo sido llamado el apóstol ante ellos, disertó con su acostumbrado atrevimiento sobre la justicia, la castidad y el juicio final. Félix tembló, pero se dio prisa en mandar a Pablo a su encierro nuevamente, y acalló sus convicciones; triste ejemplo del poder de la incontinencia, y del peligro que hay en la demora. Al rechazar a Pablo, rechazó a Cristo y al cielo, y es de temerse que para siempre. Dos años después fue llamado a Roma, y dejó a Pablo en la prisión para congraciarse con los judíos. Fue juzgado, sin embargo, por mala administración, declarado culpable, y con trabajo se escapó de la muerte por la intercesión de su hermano Pallas, otro favorito real, Hechos 23:26; 24.

FENICE, ciudad y puerto de Creta. Este nombre es el que en griego se da al palmero de dátiles, árbol indígena de esa isla. La ciudad, situada en la costa sudoeste, tenía un puerto de invierno abrigado, a donde en vano procuró llegar el buque que conducía a Pablo después de su partida de Buenos Puertos, Hech. 27:8-15. El puerto de Lutro con el cual se ha identificado Fenice, está como 35 millas al noroeste del cabo Matala; tiene buena profundidad y está al abrigo de los vientos del invierno.

FENICIA, Hech. 11:19; 15:3; 21:2, llamada así por los Griegos, ya sea por la abundancia de palmeros que antiguamente había, o de Fénix, el hermano de Cadmo. Era una faja angosta de terreno situada entre los montes del Líbano y el Mar Mediterráneo. La Fenicia, propiamente dicha, se extendía desde “la Escalera de Tiro,” promontorio al sur de Tiro, hasta el río Bostrenus, Nahr-el-Awaly, dos millas al norte de Sidón. La longitud de esta llanura ondulante era como de 30 millas; su anchura, dos millas cerca de Sidón, y cinco cerca de Tiro. Pero sus límites han variado en diferentes tiempos: desde el siglo octavo A. C. se extendía 90 millas más al norte, hasta la ciudad isleña de Arvad o Aradus, Ezeq. 27:8, 11, teniendo 20 millas la mayor anchura de esta faja septentrional. En un sentido más lato el nombre de Fenicia era aplicado por uno o dos escritores griegos, como al principio de la era cristiana, a casi toda la longitud de la costa oriental del Mediterráneo. Estando bien regado por el Leontes, el Bostrenus, el Eleutherus, el Lycus y otros ríos, era generalmente fértil, y las faldas del Líbano producían en abundancia buenos pastos y maderas preciosas. La costa estaba dentada por varios puertos, como en Tiro y Sidón, aunque el de Beirut es ahora el mejor. Las principales ciudades eran Sidón, Tiro, Arvad, Trípolis, y Berytus, ahora Beirut. El nombre nativo de ese país era Chna o Canaán, esto es, bajío. El nombre griego no se halla en el Antiguo Testamento, pero hay muchas referencias a Tiro y a Sidón.

Fenicia estaba incluida en el territorio prometido a los Israelitas, y tocó en suerte a Aser; pero por falta de fe no fue conquistada por ellos, Jos. 13:4-6; 19:24-29; Jue. 1:31, 32. Proporcionó refugio a Elías, 1 Rey. 17:8-24; Luc. 4:26; envió adeptos a Jesús, Mar. 3:8; Luc. 6:17; y fue visitada por él, Mat. 15:21; Mar. 7:24, y por Pablo, Hech. 21:2-7; 27:3.

En el origen de la historia, los Fenicios aparecen como un pueblo comercial, rico, cultivado y poderoso. Por raza eran Cananeos, Gén. 10:15, 19. Su lengua pertenecía al grupo semítico, y estaba casi relacionada con la hebrea, por medio de la cual los nombres fenicios de personas y lugares, y las inscripciones que se ven en sus monedas y monumentos, pueden entenderse todavía. Su religión era un culto bajo y corrompido, tributado a la naturaleza. Baal y Astoret, sus principales divinidades, eran adoradas con ritos crueles e impuros. Los Fenicios impartían su propia civilización a otras naciones; de ellos recibieron los Griegos las letras del alfabeto, el uso de la astronomía en la navegación, el del vidrio, la púrpura, etc. Además de la multitud de ciudades de su propia costa, los Fenicios tenían estaciones comerciales en el Mar Rojo, y a lo largo del Mediterráneo. Cártago, la antigua rival de Roma, y Cádiz y Tarso en España, eran colonias fenicias. Llegaban a la costa del Atlántico, extendiéndose hasta Britania, y los productos de toda la tierra conocida se cambiaban en sus mercados, Ezeq. 27. Cada gran ciudad con el territorio adyacente era gobernada por su propio rey, y en tiempo de peligro formaban una confederación bajo la jefatura del más poderoso. Los Fenicios sufrieron por los ataques de los reyes de Asiria y Babilonia, y estuvieron sucesivamente sujetos a los Persas, Griegos, y Romanos. La tierra fue tomada por los Sarracenos en el siglo séptimo, posesionándose de ella los cruzados en los siglos 11^o y 12^o, y desde ese tiempo ha estado sometida a los Turcos.

Los Fenicios se contaban entre los opresores de Israel en el periodo de los Jueces, Jue. 3:3; 10:12. Parece que existieron después relaciones amistosas entre ambas naciones, y que se formaron alianzas entre el rey tirio y David, y más tarde, Salomón, 2 Sam. 5:11; 1 Rey. 5. Palestina era el granero de Fenicia, 1 Rey. 5:11; 2 Crón. 2:10, 15; comp. Hech. 12:20, y Fenicia era el agente comercial de Palestina, Ezeq. 27:19, por no tener buenos puertos los judíos. En cambio de productos agrícolas, los Fenicios auxiliaron a Salomón con materiales y obreros en la construcción del templo. También se unieron a él para establecer un puerto en Ezión-Geber en el Mar Rojo, y para tripular y navegar los buques mercantes, 1 Rey. 9:26-28; 10:11, 12. Después de la división del reino, se pusieron del lado de Israel, y rompieron la

alianza con Judá, llegando aun a vender judíos como esclavos a los Idumeos, Joel 3:4-8; Amós 1:9, 10; Isa. 23; Ezeq. 28.

La idolatría fenicia hizo desde un principio caer a los Israelitas, Jue. 2:13; 10:6; fue protegida por Salomón, 1 Rey. 11:1, 4, 5, 8, 33, y prevaleció más o menos bajo los reyes de Judá. Floreció en Israel bajo Acáb, cuya esposa, que era Sidonia, fue refrenada temporalmente por Elías, 1 Reyes 16:31-33; 18:4, 18-40; 2 Rey. 3:2, y después por Jehú, 2 Rey. 10:18-28, pero continuó ofendiendo a Dios hasta la cautividad final de Israel, 721 A. C., 2 Rey. 17:16-18.

La costa fenicia desde la “Escalera de Tiro” hacia el norte, está ahora regada de ruinas. Porter habla del “melancólico y solitario silencio” que reina allí, y a Stanley lo impresionó igualmente su desolación, y la completa destrucción del poder fenicio, pronosticada por los profetas. Dentro de los límites de la antigua Fenicia, sin embargo, se halla situada la ciudad más civilizada, próspera, y de mayores esperanzas de Siria, si no lo es de toda la Turquía, llamada Beirut, cuyas florecientes misiones protestantes, su colegio, su escuela, y sus imprentas, la hacen un centro de influencias cristianizadoras para el Oriente.

FERIAS, aunque no sea este el significado de la palabra hebrea traducida así en Ezeq. 27:13, que más bien significa mercaderías, eran no obstante tan comunes en el Oriente, en los tiempos antiguos, como lo son ahora.

FESTO, Porcio, sucedió a Félix en el gobierno de Judea, 60 A. D. Para congraciarse con los judíos, al separarse Félix de su gobierno, dejó a Pablo preso en Cesárea de Palestina, Hech. 24:27; y cuando Festo llegó, le suplicaron los principales judíos que condenara al apóstol, o que lo mandara a Jerusalén, por haberse puesto ya de acuerdo para asesinarlo en el camino. Festo, sin embargo, contestó, que no tenían la costumbre los Romanos de condenar a nadie sin oírle; y prometió oír sus acusaciones en Cesárea. Cinco días después, al oír a Pablo y conocer la naturaleza de los cargos que se le hacían, queriendo como Félix congraciarse con los judíos, le propuso que se prestase a ser juzgado ante el Sanedrín judío. Pero Pablo apeló a César, y así se puso a salvo de las persecuciones de los judíos, y de las intenciones de Festo. El gobernador le dio otra audiencia durante una visita congratulatoria del rey Agripa, con el fin de hacer una manifestación de lo acaecido a este respecto, y enviarla por su conducto a Roma.

Encontrándose Festo con que abundaban los robos en Judea, persiguió a los ladrones con el mayor empeño, y puso también a raya a un mago que hacía que la gente lo siguiera al desierto. Josefo habla bien de su corta administración. Murió en Judea en 62 A. D. y fue sucedido por Albino.

FIADOR, individuo que se hace personalmente responsable de la comparecencia en salvo de otro, Gén. 43:9, y 44:32, 33, o del pago total de sus deudas, etc., Prov. 22:26. Este compromiso se sellaba a menudo por medio de un apretón de manos, Job 17:3, y era con frecuencia la manifestación de un acto imprudente o impremeditado, Prov. 6:1; 11:15; 17; 20:16; 22:26. Dios es el fiador o garante perfecto de su pueblo, Sal. 119:122; Isa. 38:14; y Cristo es el “fiador de un testamento mejor;” esto es, en el pacto glorioso y completo de la gracia, él se obliga a satisfacer todas las exigencias de la ley divina contra su pueblo, a fin de que este pueda ser absuelto y enriquecido con todas las bendiciones ofrecidas en él, Heb. 7:22; 9:11-15. De allí provino su obediencia hasta la muerte. Isa. 53:5, 12.

FICOL, al parecer, es el título, más bien que el nombre del jefe del ejército del rey de Gerar en tiempo de Abraham y de Isaac, Gén. 21:22; 26:26.

FIDELIDAD, es un atributo infinito de Jehová, adaptado para hacer perfecta tanto la confianza de los que creen en su palabra y confían en sus promesas, como la desesperación de los que dudan de ella y arrostran sus amenazas, Deut. 28:26; Núm. 23:19; Sal. 89:33, 34; Heb. 10:23.

FIEL, en muchos pasajes de la Biblia, significa “creyente.” Así en Gál. 3:9, se dice que los de la fe son “benditos con el fiel Abraham,” a causa de su preeminente distinción sobre todos los hombres por la firmeza de su fe en Dios. Se da este nombre en las Escrituras a los verdaderos cristianos, para indicar no sólo su fe salvadora en Cristo, sino su carácter cristiano fidedigno consecuente con los principios que profesan, Hech. 16:15; 1 Cor. 4:17; Efes. 6:21; Col. 4:9; 1 Ped. 5:12. “Una palabra fiel” es la que no puede resultar mentirosa, 1 Tim. 1:15; 2 Tim. 2:11.

FIESTAS. Dios designó varias festividades o días de descanso y culto entre los judíos, para perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos. El Sábado conmemoraba la creación del mundo; la Pascua, la salida de Egipto; el Pentecostés, según muchos creen, la ley dada en el Sinaí, etc. En las tres grandes fiestas del año, la de la Pascua, la de Pentecostés y la de los Tabernáculos, todos los varones de la nación estaban obligados a visitar el templo, Exod. 23:14-17; Deut. 16:16, 17; y para defender sus respectivas residencias de una invasión durante su ausencia, se interponía siempre el escudo de una providencia especial, Exod. 34:23, 24. Las otras festividades eran la de los Novilunios, la fiesta de las Trompetas, la del Purín, la de la Dedicación, la del Año Sabático, y la del año de Jubileo. Todas estas se describen en su lugar correspondiente. La observación de estas sagradas fiestas tenía por objeto no meramente refrescar a los Hebreos el recuerdo de su primitiva historia como nación, sino conservar viva en ellos la influencia de la religión y la expectación del Mesías; hacer más profunda su alegría en Dios, desvanecer las animosidades y los celos; promover la beneficencia, y formar nuevas asociaciones entre las diferentes tribus y familias. Véase también Día de Expiación.

En la Iglesia Cristiana no tenemos festividad alguna que aparezca claramente haber sido instituida por nuestro Salvador o sus apóstoles; pero como conmemoramos su muerte tantas veces cuantas celebramos su cena, parece que con tal motivo instituyó una fiesta perpetua. Los Cristianos han celebrado siempre la memoria de su resurrección, observando el domingo, el cual vemos, en Apoc. 1:10, que en tiempo de Juan era conocido como “el día del Señor.” Las fiestas de amor, Judas 12, eran banquetes públicos de un género modesto, instituidos por los primitivos cristianos, y relacionados por ellos con la celebración de la Cena del Señor. Las provisiones eran proporcionadas por los más ricos, y eran comunes a todos los cristianos, ya fuesen ricos o pobres, que quisiesen tener parte en ellas. Se mandaban también ciertas porciones de manjares a los enfermos y a los miembros ausentes. Estas fiestas de amor eran promovidas como una manifestación de mutuo afecto cristiano; pero habiendo dado lugar a algunos abusos, cayeron después generalmente en desuso, 1 Cor. 11:17-34.

Los Hebreos eran un pueblo hospitalario y muy afecto a dar la bienvenida a sus huéspedes con un festejo, y a despedirse de ellos con otro, Gén. 19:3; 31:27; Jue. 6:19; 2 Sam. 3:20; 2 Rey. 6:23. Cuando volvió el hijo pródigo, fue recibido de esa manera, Luc. 15:23. Muchos acontecimientos domésticos plausibles eran observados con festejos, tales como los nacimientos, etc., Gén. 21:8; 40:20; Job 1:4; Mat. 14:6; los matrimonios, en que los festejos duraban a menudo una semana, Gén. 29:22; Jue. 14:10; Juan 2:1-10; la trasquila de las ovejas y la cosecha, Jue. 9:27; 1 Sam. 25:2, 36; 2 Sam. 13:23. Se solemnizaban también de un modo especial los funerales, 2 Sam. 3:35; Jer. 16:7. Los que llevaban sacrificios y ofrendas al templo eran afectos a hacer con ese motivo un festejo allí, regocijándose y alabando a Dios, Deut. 12:6, 7; 1 Sam. 16:5; 2 Sam. 6:19. Se les había enseñado que invitasen a todos los necesitados a que tomaran parte en esos actos, Deut. 16:11; y aun a hacer fiestas especiales para los pobres, Deut. 12:17-19; 14:28, 29; 26:12-15; costumbre que el Salvador recomendaba especialmente, Luc. 14:12-14. La

mayor parte de estas fiestas presentaban, no meramente oportunidades de regocijos sociales, sino ocasiones santificadas por emociones religiosas y por cultos.

La manera de celebrar una fiesta se distinguía antiguamente por su sencillez. Pero en tiempo de Cristo se habían introducido a ellas muchas costumbres romanas. La fiesta o “cena,” generalmente se verificaba a las 5 o 6 de la tarde, y a menudo continuaba hasta una hora avanzada. Los huéspedes eran invitados con alguna anticipación; y los que aceptaban el convite eran notificados de nuevo por los criados cuando llegaba la hora, Mat. 22:4-8; Luc. 14:16-24. Se impedía la entrada a los que no estaban invitados, y al fin la puerta se cerraba durante el resto del día, por mano del amo de la casa, Mat. 25:10; Luc. 13:25. Algunas veces concurría un número crecido de personas, Est. 1:3, 5; Luc. 14:16-24; y en tales ocasiones se nombraba un “gobernador de la fiesta,” cuyas cualidades sociales, tacto, firmeza, y temperancia, lo hiciesen a propósito para presidir, Juan 2:8. Los huéspedes eran acomodados teniendo en cuenta cuidadosamente el derecho que les asistía para exigir más o menos honores, Gén. 43:33; 1 Sam. 9:22; Prov. 25:6, 7; Mat. 23:6; Luc. 14:7; siendo en este sentido las leyes de la etiqueta escrupulosamente observadas en el Oriente. Algunas veces el amo de la casa proporcionaba vestidos ligeros, ricos y amplios a los convidados, y si era esto así, con rehusar ponerse alguno, se le infería grave ofensa, Ecl. 9:8; Mat. 22:11; Apoc. 3:4, 5. Los huéspedes se reclinaban alrededor de las mesas; se les servía agua y perfumes, Mar. 7:2; Luc. 7:44-46; y después de comer se lavaban otra vez las manos con el agua que un criado les derramaba sobre ellas. Véase el grabado en la palabra Cama. Durante la comida y después de ella se distraían de diversas maneras, proponiéndose enigmas, Jueces 14:12, y narrándose cuentos orientales; también a veces haciendo que una música tocara, que danzaran bailarinas contratadas al efecto, y bebiendo a menudo en exceso, Isa. 5:12; 24:7-9; Amós 6:5. Un misionero que asistió una vez a una boda celebrada en Calcutta, tuvo ocasión de ver un ejemplo en la vida moderna de lo que dice Lucas, 14:8-11. Estando en conversación con el amo de la casa en el corredor reservado a los huéspedes más favorecidos, vio que se hizo salir a un hombre que no tenía derecho de estar allí, y a otro que estaba abajo en el patio, se le invitó a que subiera. Véanse Comida, Alimento.

FIGELO, fugitivo. Cierta Cristiano de Asia que abandonó a Pablo en Roma, 2 Tim. 1:15; 4:16.

FILACTERÍAS, eran pequeñas tiras de pergamino, en que estaban escritas ciertas palabras de la ley, y que eran llevadas por los judíos desde que tenían 13 años de edad, sobre la frente o sobre el brazo derecho. Esa costumbre se fundaba en una interpretación literal del Exod. 13:9, 16: “Y ha de serte como una señal sobre tu mano, y como un recuerdo delante de tus ojos.”

León de Modenas nos informa particularmente acerca de estas tiras. Las llevadas sobre la frente se han descrito bajo el artículo “Frontales,” palabra que puede verse. Las que tenían que atarse al brazo, eran dos tiras de pergamino escritas con letras cuadradas con una tinta hecha a propósito, y con mucho cuidado. Se enrollaban hasta la punta, y se guardaban en una especie de caja hecha de piel negra de ternera. Se ponían entonces en un pedazo cuadrado del propio cuero, de donde colgaba una correa de lo mismo, como de un dedo de ancho y como de dos pies de largo. Estas tiras eran colocadas en el dobléz del brazo izquierdo, y después que con la correa se había hecho un pequeño nudo en la forma de la letra Yodh, se enredaba en el brazo en una línea espiral, que terminaba en la punta del dedo del corazón. Se les llamaba Tephila de la mano.

Las filacterias, palabra derivada de una griega que significa preservativo, eran consideradas, no solamente como un recuerdo de la ley de Dios, sino como protección contra los demonios. Fueron introducidas probablemente en uno de los últimos periodos de la historia del Antiguo Testamento, y todavía se conservan. Nuestro Salvador reprocha el orgullo y la hipocresía de los Fariseos, manifestados

en hacer sus filacterias anchas, como una señal de su sabiduría y piedad superior, Mat. 23:5. David, por otra parte, dice, “En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra tí,” Sal. 119:11.

FILADELFIA, amor fraternal, el asiento de una de las siete iglesias, Apoc. 1:11; 3:7-13, era una ciudad de Lidia en la frontera cercana a Frigia, y como 27 millas al sudeste de Sardis. Estaba en las faldas inferiores del Monte Tmolus, en una región volcánica frecuentemente visitada y desolada por terremotos. Se le dio el nombre de su fundador Attalus Filadelfus, rey de Pérgamo, que murió en 138 A. C. Con el resto de la provincia de Asia, fue cedida a Roma por el último rey de Pérgamo, 133 A. C. Fue tomada por los Turcos bajo Bajazet I, 1392 A. D., después de una valiente y larga resistencia. La iglesia establecida allí fue altamente recomendada por Cristo por su fidelidad; y la conservación de la ciudad, a pesar de los terremotos, y las guerras, es cosa digna de llamar la atención. En el siglo cuarto sus iglesias fueron representadas en los Concilios de Nicea, Laodicea, y Constantinopla. Se escapó de los estragos de Tamerlane, quien destruyó las residencias de las otras seis iglesias, y entonces proporcionó un asilo a los refugiados cristianos de Sardis. La ciudad moderna cubre 4 o 5 cumbres planas al pie del Monte Tmolus, es mezquina y mal construida, y tiene una población como de 10,000 habitantes, la mayor parte de ellos Turcos, con algunos cristianos griegos. Una de las mezquitas se dice que fue precisamente la iglesia en que celebraron su culto los cristianos a quienes escribió Juan. Las ruinas incluyen como 20 iglesias. Una columna solitaria es uno de los restos más visibles, y hace recordar al que la ve, la promesa consignada en Apoc. 3:12. El nombre moderno de la ciudad es Alah Sher, “hermosa ciudad,” el cual le ha sido dado por su pintoresca situación.

FILEMÓN, *cariñoso*, residente de Colosas, al parecer hombre de recursos e influencia, y de un carácter cristiano marcado, de ardientes simpatías y de grande hospitalidad y beneficencia. Fue convertido por medio de Pablo, quien después le escribió cerca del fin de su primera prisión en Roma, 62 o 63 A. D.

FILEMÓN, EPÍSTOLA A. El motivo de esta epístola, escrita al mismo tiempo que las dirigidas a los Efesios y a los Colosenses, fue la vuelta a su amo Filemón del arrepentido Onésimo, esclavo escapado, convertido en Roma bajo las enseñanzas de Pablo; y de la bondadosa recepción acordada a dicho esclavo como a hermano en Cristo, habla Pablo como de un favor que a él mismo se le hizo. Compare Col. 3:23 a 4:1, con Filemón 7-9. Esta epístola que es indudablemente auténtica, es admirable por su cortesía cristiana, su delicadeza y su intrepidez. Véanse Onésimo y Colosas.

FILETO, amado, individuo contra quien Pablo amonesta a Timoteo, asociándolo con Himeneo como creyente y maestro de errores, 2 Tim. 2:16-18. Véase Himeneo. Se ha sugerido por Waterland que ellos enseñaban la doctrina de la resurrección como una alegoría, “resolviéndola toda en figuras y metáforas.”

FILIPENSES, EPÍSTOLA A LOS. En ésta elogia Pablo el celo cristiano de ellos y su firmeza bajo la persecución; los informa sobre su propia condición temporal y espiritual, y sobre el progreso del cristianismo en Roma; y reconoce con gratitud el constante afecto que le profesaban, manifestándoles que recibió sus donativos por favor de Epafrodito; los exhorta a la unión, a una vida humilde y abnegada como la de Cristo, Fil. 2:1-5; y los amonesta contra los maestros judaizantes y el ejemplo de los hombres mundanos, 3:1-19. Esta epístola, escrita por Pablo cuando estaba prisionero en Roma, 62 a 63 A. D., es notable por su gozo cristiano y por el ardiente afecto que el apóstol muestra a los Filipenses conversos, 4:1. Contiene importantes enseñanzas en cuanto a la humillación y exaltación de Cristo, 2:5-11, y a la resurrección de los creyentes, 3:21. A los cristianos Filipenses se les recuerda que como creyentes en Cristo participan de una dignidad y de privilegios mucho más elevados que los que les correspondían

como ciudadanos romanos, Hech. 16:12, y se les exhorta a que vivan de una manera digna de su ciudadanía celestial, Fil. 3:20; 1:27. Véase Filipos.

FILIPPOS. La ciudad principal de la Macedonia oriental, estaba cerca de la frontera de Tracia, en una llanura fértil, entre dos cordilleras de montañas. Derivaba su nombre de Felipe de Macedonia, quien la tomó a los Tracianos, 358 A. C. la fortificó grandemente y la guarnicionó y continuó el laboreo de las minas de oro que había cerca de allí. La ciudad había sido llamada Datum, y antes de eso, Crenides, fuentes, por sus copiosos manantiales. Filipos era la “primera” ciudad a donde se llegaba después de salir del puerto Neápolis, Hech. 16:12, al noroeste de la cual estaba como a 10 millas de distancia, siguiendo la Vía Egnacia, un camino romano empedrado sobre una altura escabrosa llamada Symbolum. En la llanura de Filipos fue librada la batalla en que Bruto y Casio fueron derrotados por Octavio y Antonio, 42 A. C. Posteriormente, cuando Octavio llegó a ser el emperador Augusto, trasportó ciudadanos romanos a Filipos, y la redujo a colonia, a una Roma en miniatura, en donde predominaban las leyes, las costumbres y el idioma romanos; el pueblo era gobernado por sus propios magistrados, y poseían los derechos de ciudadanos romanos. Allí comenzaron los triunfos del evangelio en Europa. La primera persona convertida por la predicación de Pablo y de Silas, enviados divinamente allí desde Troas, 51 A. D., fue la prosélita Lidia. Habiendo motivado los misioneros la oposición de hombres mercenarios por un milagroso exorcismo obrado por Pablo en una muchacha esclava, fueron cruelmente azotados y reducidos a prisión. Compare 1 Tes. 2:2. Pero sus ataduras les fueron milagrosamente soltadas, su carcelero fue convertido, y los magistrados los pusieron en libertad con honor; ellos prosiguieron hacia el sudoeste hasta Anfipolis, Hech. 16:8 a 17:1. Lucas se separó en este lugar de Pablo, pero se volvió a reunir con él allí en la 5ª y última visita que hizo éste a Jerusalén, Hech. 20:3-6. Los cristianos de Filipos participaron del espíritu de la generosa y sincera Lidia; en varias ocasiones enviaron donativos para el sostenimiento de Pablo, Fil. 2:25; 4:15, 16, 18, con 4:10; 2 Cor. 8:1. Les escribió durante su primera prisión en Roma, 62 o 63 A. D., cuando él esperaba volverlos a visitar, Fil. 2:23, 24. Ignacio se detuvo en Filipos 107 A. D. en vía de Antioquía a Roma, en donde fue martirizado.

Las ruinas de esta despoblada ciudad, ahora comprendida en Turquía, incluyen la ciudadela en un cerro, vestigios del muro de la ciudad, y parte de la plaza en donde Pablo y Silas fueron azotados. Al oeste de Filipos hay un pequeño río, el Bournabachi, en cuya margen quedaba probablemente el lugar en que los judíos hacían oración, Hech. 16:13, por haber quizá en la ciudad un número demasiado pequeño de judíos para sostener una sinagoga.

FILISTIA, *tierra de peregrinos*, Sal. 60:8; 87:4; 108:9; en Sal. 83:7, “Filisteos,” y en todos los otros pasajes “Palestina,” el país habitado por los Filisteos, los cuales son llamados “Palestinos” por Josefo. Filistia abrazaba la llanura de la costa del mar que se extendía desde Jopa y la llanura del Sarón al norte hasta el valle de Gerar y “el país del Sur,” y desde el Mediterráneo hasta el pie de los cerros de Judea. Su longitud era como de 40 millas; su anchura de 10 en el norte y como de 20 en el sur, en donde parece haber llegado a Beerseba, Gén. 21:33, 34; 26:1; Exod. 23:21; Jos. 13:2, 3. Warren lo limitaba a la llanura que existía entre Acarón y Gaza, de 32 millas de largo y de 9 a 16 de ancho.

En la playa hay blancos montones de arena que al menor descuido invaden el terreno fértil. Al este de éstos hay un llano ondulado con un suelo rico y profundo de 50 a 300 pies sobre el mar. En el este de dicho llano se ven sobresaliendo algunos bajos peñascos; y crestones más elevados corren a poca distancia del norte y del sur yendo a dar en el costado este a un valle, más allá del cual se levanta “el país montañoso de Judá.” Los torrentes que corren por sus profundos barrancos en la estación de las lluvias, forman pantanos y estanques al llegar a las llanuras de Filistia, y hundiéndose en el suelo, hallan

a menudo caminos subterráneos que los llevan al mar. El nombre hebreo de toda esta llanura marítima, era el “Shephelah,” palabra traducida “llanos fértiles” en 2 Crón. 26:10; “llanura” en 2 Crón. 28:18; “campiñas” en 1 Crón. 27:28; “campañas” en 2 Crón. 9:27; “campos” en Jer. 17:26, y “llanos” en Jos. 11:16, y Jue. 1:9. Se da a entender con frecuencia que eran fértiles, Gén. 26:1, 2, 12; Jue. 15:5; 2 Rey. 8:2.

Los Filisteos se cree generalmente que fueron descendientes de Mizraim, hijo de Cam. Se dice que emigraron a Canaán saliendo de Caftor, que según varias opiniones era Creta, Egipto, Cipro o Capadocia, Jer. 47:4; Amós 9:7. Son indudablemente los Caftoreos los que suplantaron a los Aveos que habitaban en Haserim, *las poblaciones*, “hasta Azzah” o Gaza, Deut. 2:23. En su emigración pueden haber pasado por el país de los Casluhim, probablemente el Bajo Egipto, en su camino de Creta a Canaán, Gén. 10:14. En los monumentos egipcios de cosa de 1200 A. C. se pinta a los Filisteos como altos y bien proporcionados, de un color más claro que los Egipcios, y con la cara enteramente afeitada.

Los Filisteos con quienes tanto Abraham como Isaac formaron tratados, parece que eran un pueblo pastoral, que vivían internados en el sur, con un rey o jefe, y con cierta organización militar, Gén. 20:1, 2, 14, 15; 21:22-34; 26:1, 6, 12-23, 26-31. Fue al parecer después de este periodo cuando ellos, o nuevos emigrantes de Caftor, desposeyeron a los Aveos, y se apoderaron de Gaza, que era entonces una ciudad cananea de la frontera, Gén. 10:19. En la época del Éxodo, los Filisteos eran poderosos y guerreros, Exod. 13:17. Su país estaba incluido en la tierra prometida a Israel, Núm. 34:5, 6, y se había asignado a Judá y a Dan, Jos. 15:45, 47; 19:41-46. Formaban una confederación bajo los señores de sus cinco ciudades principales. No se hizo ninguna tentativa para conquistarlos por Josué, Jos. 13:1-3, pero después de la muerte de éste, Judá tomó a Gaza, Ascalón y Accarón, Jue. 1:18—conquistas sin embargo que no duraron, Jue. 2:1-3, 11-14; 3:1-4. Los Filisteos oprimieron a los Hebreos durante el periodo de los Jueces, efectuando Samgar y Sansón sólo redenciones temporales, Jue. 3:31; 5:6-8,11; 10:6, 7; 13 a 16. La resistencia de Israel en los últimos días de Elí fue amortiguada por una victoria que los Filisteos alcanzaron en Afee, en donde el arca fue capturada; pero poco tiempo después fue restituida, 1 Sam. 4-6. Bajo Samuel los Filisteos fueron de nuevo sometidos temporalmente, 1 Sam. 7:3-14; pero volvieron a dominar cuando Saúl ascendió al poder, 1 Sam. 9:16; 13; fueron derrotados en Micmas y echados del territorio central de Saúl, cap. 14:1-7, 52. La victoria de David sobre Goliat en el Valle del Alcornoque inauguró una serie de triunfos hebreos en el tiempo de Saúl, cuyo reinado y vida, sin embargo, terminaron por la victoria que los Filisteos alcanzaron en el monte Gilboa, cap. 17; 18:30; 19:8; 23:1-5; 29:1, 11; 31; 2 Sam. 1. David había buscado dos veces refugio al ser perseguido por Saúl, en Filistia, 1 Sam. 21:10-15; Sal 34, título; 56, título; 1 Sam. 27; 28:1,2; 29:2-11. Le hicieron la guerra cuando fue rey, pero él pudo someterlos, 2 Sam. 5:17-25; 8:1, 11, 12. Estuvieron sujetos a Salomón, 1 Rey. 2:39, 40; 4:21, 24, y su hijo Roboam fortificó a Gat, 2 Crón. 11:8. Después de la división de Judá e Israel, los Filisteos emprendieron la guerra en varias ocasiones con ambos reinos, y obtuvieron buen éxito sobre Judá en tiempo de Acáz, 1 Rey. 16:15; 2 Crón. 21:16, 17; 28:18. Josafat, Uzías, y Ezequías consiguieron victorias sobre ellos, 2 Crón. 17:10, 11; 26:6, 7; 2 Rey. 18:8. Gat, omitida de las otras ciudades por los denuncios proféticos, parece que desde mucho tiempo antes perdió su poder, 2 Crón. 26:6; Amós 6:2.

Estando Filistia en el camino entre Asiria y Egipto, era a menudo invadida en las guerras de estas naciones, y subyugada por cada una de ellas alternativamente. Después del triunfo que los Egipcios obtuvieron en Filistia, Sargón el Asirio tomó a Asdod, 700 A. C. Psammético I de Egipto sitió a Asdod por 20 años, y finalmente la tomó, por 635 A. C. Casi por el mismo tiempo Ascalón tuvo que sufrir de una horda de Scitas que volvía de una invasión que hizo a Egipto. Nabucodonosor probablemente redujo a los Filisteos, así como a Fenicia y la Tierra Santa durante el sitio de Tiro, que terminó en 592 A. C.

Faraón-Hofra tomó a Gaza, Jer. 47: 1. El reino filisteo había disminuido considerablemente antes de la cautividad de Judá.

Ezequiel los denunció por su hostilidad contra Judá en aquel tiempo, Ezeq. 25:15-17. Después del regreso, algunos de los judíos se casaron con mujeres filisteas, Neh. 13:23, 24. La nación estaba incluida en el imperio persa. Alejandro el Grande destruyó a Gaza, que le hizo resistencia por cinco meses. Esa tierra proporcionó auxilio y refugio a los Sirios opresores de los judíos, y tuvo que sufrir de las armas de Judas Macabeo y de su hermano Jonatán, 1 Mac. 3:24, 41; 5:66, 68; 10:69-87. Pompeyo anexó a Filistia a la provincia de Siria, 63 A. C., pero Gaza, Jamnia, Asdod y Ascalón fueron asignadas a Herodes. El país participó de la desolación de las guerras judías y romanas. Las predicciones denunciatorias de Amós, 1:6-8, e Isaías 14:29-31, en el siglo octavo A. C.; de Sofonías 2:5, y Jeremías, 25:15-20; 47, en el siglo séptimo; de Ezequiel, 25:15-17, y Abdías 19, en el siglo sexto; y de Zacarías, 9:5,6, en el quinto, parece que fueron exactamente cumplidas.

Los Filisteos sobresalían en la guerra, teniendo poderosas fuerzas de carros y de caballería, así como soldados de infantería bien armados, 1 Sam. 17:4-7. Eran también diestros en la agricultura y en otras artes pacíficas, Jue. 15:5; 1 Sam. 13:20; y poseían, como lo muestran los monumentos egipcios, una armada naval que competía con los Fenicios en el comercio por mar, además de sostener un comercio interior por medio de caravanas. Traficaban en esclavos con Edom y la Arabia meridional, Amós 1:6; Joel 3:4-6. Sus principales dioses eran Dagón, Jueces 16:23; 1 Sam. 5:1-5, Astoret, 1 Sam. 31:10, Baal-zebul, 2 Rey. 1: 2-6, y Derceto o Atergatis, una divinidad femenina adorada, como Dagón, bajo la forma de un pescado. Eran muy supersticiosos, 1 Sam. 31:9; 2 Sam. 5:21; y sus sacerdotes y magos poseían mucha influencia, 1 Sam. 6:2-11; Isa. 2:6.

Las principales ciudades de Filistia, Gaza, Ascalón, Joppa, Asdod, Lachis, Accarón y Gat, existen todavía como lugares despoblados o sitios conocidos bajo nombres semejantes a sus nombres Bíblicos, y muchas moles bajas muestran el lugar en donde otras existían antes. Mons. Ganneau ha sugerido que los felahenos o campesinos mahometanos de Palestina, raza diferente de los árabes nómades, son descendientes de los antiguos Cananeos, incluyendo a los Filisteos. La llanura de Filistia, aunque mal cultivada, es todavía excepcionalmente fértil, describiéndose por los viajeros como un vasto campo de trigo; pero poniendo un dique a la movediza arena, desecando los lagos pantanosos, y observando regularidad en las cosechas, podría conseguirse que fuera mucho más abundante en productos.

FILÓLOGO, *amante de las letras*, cristiano de Roma, saludado en la epístola de Pablo a los Romanos, 16:15.

FILOSOFÍA, amor a la sabiduría, en el Nuevo Testamento significa las vanas y perniciosas especulaciones de la raza humana, en oposición a la verdad evangélica revelada por Dios; comp. 1 Cor. 1:18-27; 1 Tim. 6:20. En Atenas 51 A. D. Pablo se puso en contacto con la filosofía occidental en su encuentro con algunos filósofos Epicúreos y Estoicos, representantes de las dos grandes escuelas de filosofía moral griega, quienes trataban su doctrina con desprecio o indiferencia, Hech. 17:18-32. Véanse Epicúreos y Estoicos. En su epístola a los Colosenses diez años después, les exhorta a que tengan la precaución de permitir que nadie los arrebate como despojo por medio de la filosofía, refiriéndose sin duda a algunos de los primeros esfuerzos que hacían los especuladores orientales para disipar los misterios del cristianismo. La filosofía de que él hablaba, era un prototipo del gnosticismo, que después en varias de sus formas llegó a ser un error prominente en la iglesia oriental; a elementos semejantes a estos, encarnados subsecuentemente en diferentes sectas gnósticas, se hace referencia en la Epístola a los

Colosenses 2:8, 16-23. Pablo predijo el levantamiento de falsos maestros en Éfeso, Hech. 20:30, y escribiendo a Timoteo, que entonces se hallaba trabajando allí, alude a dos formas de error además del judaísmo: “un vano espiritualismo que insiste en las observancias ascéticas, e interpreta la resurrección como un cambio moral,” 1 Tim. 1:6; 4:1-7; 6:20; 2 Tim. 2:16-18; y “un materialismo relacionado con la hechicería,” 2 Tim. 3:13; comp. Hech. 8:9; 19:19. En otros pasajes de sus Epístolas, 1 Cor. 253:18-20, Pablo opone a la falsa sabiduría de Jesucristo la verdadera religión, que a los filósofos y sofistas les parecía mera necedad, por no estar basada ni en la elocuencia ni en la sutileza de los que la predicaban, sino en el poder de Dios, y en las operaciones del Espíritu Santo en el corazón y en el espíritu de los creyentes; y porque no halagaba y lisonjeaba al hombre, sino que lo declaraba rebelde culpable contra Dios, y con imprescindible necesidad de un Salvador.

Así como se levantaron, bajo la influencia de la filosofía, varias sectas entre los Griegos, como los Académicos, los Peripatéticos, y los Estóicos, así también se levantaron entre los judíos varias sectas, como los Essenes, los Fariseos, y los Saduceos. Los Fariseos tenían alguna semejanza con los Estóicos, los Saduceos con los Epicúreos, y los Essenes con los Académicos. Los Fariseos eran orgullosos, vanos y jactanciosos, como los Estóicos; los Saduceos que negaban la inmortalidad del alma y la existencia de los espíritus, se libraban de una vez, como los Epicúreos, de toda solicitud en cuanto a la vida futura; los Essenes eran más moderados, más sencillos y religiosos, y por lo mismo se aproximaban más a los Académicos.

El peligro contra el cual amonestaba Pablo a la iglesia en su época, existe todavía. El orgullo del entendimiento se relaciona naturalmente con el ateísmo y con la impenitencia del corazón; rehúsa ceder a las pretensiones de Apocalipsis, y rechaza todo aquello que contraría su gusto, o es superior a su comprensión. La verdadera sabiduría, por el contrario, es humilde y dócil, Mat. 11:25; Mar. 10:15.

FINEES, *expresión*, I., hijo de Eleazar y nieto de Aarón el sumo sacerdote, Exod. 6:25. Su carácter celoso y decidido se manifestó en la violenta ejecución del príncipe libertino de Simeón y de su compañera, una mujer de Madián, en la llanura de Moab, Núm. 25. Por este atrevido y oportuno servicio el sumo sacerdocio fue asegurado a su familia, que también permaneció fiel, y excepto durante un intervalo de Elí a Sadoc, su posteridad estuvo a la cabeza del sacerdocio hasta la destrucción del templo, 1 Crón. 6:4-15.

Fínees acaudilló a las huestes de Israel en las subsecuentes batallas con los Madianitas, Núm. 31:6; Sal. 106:30, 31. Estaba a la cabeza de la diputación enviada con el fin de hacer ver lo mal que habían hecho, a las tribus de más allá del Jordán, en cuanto al altar que habían erigido, Jos. 22-24. Durante la vida de su padre, fue superintendente de los Levitas, Núm. 3:32; comp. 1 Crón. 9:20; y después llegó a ser el sumo sacerdote, Jos. 24:33, y como tal, comunicó la voluntad de Dios en cuanto al castigo de Gabaa, Jue. 20:28-29.

II. Un hijo de Elí, el sumo sacerdote. Véase Ofni.

III. Un Levita, Esdras 8:33.

FIRMAMENTO, Gén. 1:17, la expansión de los cielos inmediatamente sobre la tierra. Los Hebreos parece que tenían la creencia de que el firmamento era una inmensa bóveda cristalina tachonada de estrellas, y que descansaba en el lejano horizonte que rodeaba al espectador, y separaba las aguas que están encima de nosotros de las que hay en la tierra. La lluvia pasaba, cuando caía, al través de sus ventanas. No es necesario suponer que pensaban que era sólido, Sal. 19:1; Isa. 40:22. Las Escrituras no se

proponen hacer una exposición científica de los fenómenos naturales. Enseñando religión, y no astronomía o física, no anticipan los descubrimientos modernos, sino hablan de los objetos y ocurrencias naturales en el lenguaje común de la gente de todas partes. De ahí le viene en parte el atractivo que en todos los siglos han tenido y tienen como libro para el pueblo.

FLAUTA, el instrumento de viento que usaban principalmente los Hebreos. Consistía en un tubo con agujeros, como la que ahora conocemos, o el clarinete. Se hacía de caña, cobre o bronce, y se usaba en todas ocasiones, en el culto religioso, las procesiones, las fiestas, los duelos, 1 Sam. 10:5; 1 Rey. 1:40; Sal. 87:7; Isa. 5:12; 30:29; Jer. 48:36; Mat. 9:23; Luc. 7:32. Las flautas, tanto sencillas como dobles, se usaban en la vida social de los Egipcios, tanto como entre los Hebreos. La flauta doble tenía dos tubos que algunas veces se unían en la boquilla; el tubo que se tocaba con la mano izquierda, tenía pocos agujeros, emitía unos cuantos sonidos graves, y servía como de bajo. El tubo de la mano derecha tenía más agujeros y sonidos más agudos. “La Diputación escocesa de Investigación” refiere que alcanzó entre los cerros de Judea a “un Árabe que tocaba con todas sus fuerzas una flauta de pastor hecha de dos cañas. Esa fue la primera vez,” agrega, “que vimos algunas señales de alegría en ese país, porque ciertamente todo gozo se oscureció y se desterró la alegría de la tierra,” Isa. 24:11. Véase Música.

FLECOS o BORLAS. En los flecos o borlas que tenían las cuatro puntas del manto exterior hebreo, Deut. 22:12, se hallaba entretejido un hilo o cinta de color cárdeno para el objeto indicado en Núm. 15:38, 39. De aquí es tal vez que la orla de la túnica de Cristo fue tocada por la mujer enferma, Mat. 9:20; 14:36. Los Fariseos alargaban los flecos de sus mantos en manifestación de celo especial por honrar la ley, Mat. 23:5. Cuando los Judíos llegaron a ser una raza perseguida, dejaron de usar el manto con borlas, y llevaban estas en una túnica interior. Todavía se usa en la actualidad algunas veces para la oración de la mañana, una túnica con flecos.

FLEGONTE, ardiente, un cristiano de Roma, Rom. 16:14.

FLUJO DE SANGRE, Mar. 5:25, enfermedad que requería purificaciones especiales bajo la ley mosaica, Lev. 15:19, 28-30, y símbolo de impureza espiritual.

FORNICACIÓN. Esta palabra se usa en las Escrituras, no solamente para denotar el pecado de impureza entre personas que no son casadas, sino también la idolatría, y toda clase de infidelidades hacia Dios. En Ezeq. 16, la iglesia judía se simboliza en una niña que va creciendo hasta llegar a la pubertad, y entonces se casa con Jehová por medio de un pacto. Cuando quebranta este pacto por irse tras de los ídolos, es justamente reprendida como adúltera y meretriz, Jer. 2:20; 3:8, 9; Ose. 3:1. El adulterio y la fornicación se confunden frecuentemente. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento condenan toda impureza y fornicación corporal y espiritual, esto es la idolatría, la apostasía, la herejía y la infidelidad. Véase Adulterio.

FORTUNATO, 1 Cor. 16:17, fue de Corinto a Éfeso a visitar a Pablo. Pablo habla de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico como de las primicias de Acaya, y que estaban dedicados al servicio de la iglesia y de los santos. Ellos llevaron la primera epístola de Pablo a Corinto. Véase Estéfanos.

FORZAR o CARGAR, la primera palabra, empleada en Luc. 14:23, significa hacer vivas instancias; y la segunda, que se halla en Mat. 5:41, se refiere a la costumbre que los correos oficiales persas y romanos tenían de exigir con apremio, según las facultades de que estaban investidos, que se les proporcionaran hombres y caballos para el desempeño de su comisión.

FRENTE, Ezeq. 9; Apoc. 7:3; 13:16. Las mujeres inmodestas tienen la frente dura, Ezeq. 3:7-9. Una mujer sin velo indicaba inmodestia, Jer. 3 Véase Velo. Los devotos de diferentes ídolos en la India reciben actualmente diferentes marcas en la frente para que se distingan unos de otros. Por un método semejante, se marcaba a veces a los esclavos cuya propiedad era disputada por diversos dueños. Compare Exod. 28:36-38, con Apoc. 17:5; 22:4.

FORTALEZA, Los hombres usaban primero cuevas naturales como lugares de refugio, y las fortificaban para defenderse, Jos. 10:16; Jue. 6:2; 1 Sam. 22:1. Pero las fortalezas y los castillos destacados de las murallas de la ciudad o edificadas sobre ellas, y aun dentro de ellas como ciudadelas, se mencionan desde tiempos muy antiguos, Deut. 1:28; 3:5; 2 Reyes 9:17. Se construían de madera o de piedras, con almenas, fosos, etc., 1 Cró. 27:25; 2 Crón. 27:4; Sal. 107:16. Véase Guerra. En Hech. 21:34, la palabra "fortaleza" significa la Torre de Antonia, una de los fuertes de Jerusalén. Véase Templo.

FRIGIA, *tostada*. Distrito central de Asia Menor, cuyos límites variaron mucho en diferentes tiempos; de modo que cuando incluía a Galacia, se dice que confinaba con todas las demás provincias. Esta nación fue fundada desde tiempos muy remotos; los antiguos creían que sus habitantes habían emigrado de Macedonia antes de la guerra de Troya. Fue después dividida en Frigia Mayor al sur, y Frigia Menor al oeste, llegando hasta el Helesponto. Los Romanos, en cuyas manos cayó, la dividieron en tres distritos. En los tiempos apostólicos, la mayor parte de ella pertenecía a la provincia de Asia, y una fracción a Cilicia. El país era una elevada meseta, fértil en granos y en vinos, pero comprendía algunas montañas desnudas y terrenos pantanosos y salitrosos. De sus ciudades, Laodicea, Hierápolis, Colosas y Antioquía de Pisidia, se mencionan en el Nuevo Testamento. Probablemente contenía muchos judíos, Hech. 2:10. Antioco el Grande, 223-187 A. C. transportó a Lidia y Frigia 2,000 familias judías de Mesopotamia. El apóstol Pablo pasó dos veces por ella predicando y "fortaleciendo a los discípulos," Hech. 16:6; 18:23. Sus iglesias estuvieron representadas en los concilios de Nicea y Constantinopla, 325 y 381 A. D.

FRONTALES. El objeto a que se da este nombre se describe así por León de Modena: Los judíos toman cuatro pedazos de pergamino, y escriben con tinta hecha a propósito, y con letras cuadradas, estos cuatro pasajes, uno en cada pedazo: (1.) "Santifícame todo primogénito," etc., Exo. 13:2-10. (2.) "Y cuando Jehová te hubiera metido en la tierra del Cananeo," etc., vers. 11-16. (3.) "Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová es," etc., Deut. 6:4-9. (4.) "Y será si obedecieres cuidadosamente mis mandamientos," etc., 11:13-21. Esto lo hacen en obediencia a las palabras de Moisés: "Y serte ha como una señal sobre tu mano, y como una memoria delante de tus ojos."

Estos cuatro pedazos están atados juntos, formándose un cuadrado con ellos, en el cual está escrita la letra hebrea *Shin*; en seguida se le pone encima un cuadrado de cuero duro de becerro, del cual penden dos correas. Este cuadro se coloca en la mitad de la frente, ciñéndose las correas alrededor de la cabeza, se echan para adelante las puntas y caen sobre el pecho. Se le llama el Tefila, ligadura u oración de la cabeza. Los más devotos judíos se la ponían tanto en la oración de la mañana como en la del medio día; pero generalmente se usaba sólo en la primera. Véase Filacteria. El uso de un objeto semejante que estimulaba a la devoción, más necesario entonces que ahora, tenía su aplicación solo a fines espirituales, Prov. 3:3; 4:21; 6:20, 21; 7:3. Pero en muchos casos se convertían todas estas cosas en superstición y mera fórmula—un sustituto sin valor de la gracia que trata de fortalecer.

FRUTOS. El hebreo tiene tres términos genéricos para designar los productos de la tierra: el primero se traduce "grano," e incluye todos los cereales y productos del campo en general; el segundo "vino dulce" o "vino nuevo," y significa la uva en todas sus edades, verde y madura, fruto de la vendimia; el tercero, "aceite," incluyendo éste las aceitunas, los higos, los dátiles, las nueces y todos los frutos de huerta. Las

primicias y los diezmos de estos se consagraban a Dios, Núm. 18:12; Deut. 14:23. La palabra “fruto” se usa con frecuencia metafóricamente, Pro. 1:31; 11:30; Isa. 10:12; 57:19; Sal. 132:11; Gál. 5:22.

FUEGO, en la Escritura está a menudo relacionado con la presencia de Jehová; como en la zarza ardiente, en la columna de fuego, y sobre el Monte Sinaí, Exod. 3:2; 13:21; 19:18. Se hace referencia al mismo en Sal. 18, y en la oda de Habacuc. La segunda venida de Cristo será “en llama de fuego,” 2 Tes. 1:8; Dan. 7:9, 10. En el Nuevo Testamento ejemplifica la iluminadora, consoladora y purificadora agencia del Espíritu Santo, Mat. 3:11; Hech. 2:3. Al enviar fuego del cielo para consumir los sacrificios, Dios significaba a menudo que los aceptaba, como pasó probablemente en el caso de Abel, Gén. 4:4; de Abraham, Gén. 15:17; de Manoa, Jue. 13:19, 20; de Elías, 1 Rey. 18:38; y en la dedicación del tabernáculo y del templo, Lev. 9:24; 2 Crón. 7:1. De aquí es que según algunos intérpretes, la palabra hebrea traducida por aceptar, significa “convertir en cenizas,” Sal. 20:3. El fuego del altar de los holocaustos tenía que conservarse por los sacerdotes con el mayor cuidado, Lev. 6:12, 13. Nadab y Abiú fueron muertos por haber usado otro fuego en el incensario, Lev. 10:1; 16:12, o por haber violado en cierto modo el mandamiento divino, Exod. 30:7, 8. El fuego simboliza la santidad de Dios que consume el pecado, el acrisolamiento que hace de su pueblo, y el castigo de la incredulidad, Sal. 66:10; Isa. 31:9; 48:10; Mal.3:1,2; Heb. 12:29. En muchas religiones antiguas el fuego era adorado, y a los niños se les hacía pasar por el fuego para ser consagrados a Moloc, 2 Rey. 17:17; Jer. 7:31; Ezeq. 16:21; 23:37. Los judíos tenían motivo para hacer fuego, no contándose el que usaban en sus cocinas, sólo durante una pequeña parte del año. Además del empleado en sus ordinarios hogares y hornos, calentaban sus habitaciones con “fuego de carbones,” hecho en un brasero, Jer. 36:22, 23; Juan 18:18. Les estaba prohibido encender fuego el día Sábado, Exod. 35:3—sólo acaso prohibición de que cocinaran ese día, pero que por muchos judíos se entendía, y aún se entiende, en el sentido más lato; sin embargo, la eluden empleando al efecto criados gentiles. Otra de las provisiones de la ley mosaica tenía por objeto proteger el grano que estaba en pie en la estación seca del verano, Exod. 22:6. La tierra tiene que ser destruida por el fuego, 2 Ped. 3:7; la destrucción de Sodoma, y los volcanes y terremotos que tan a menudo indican las conmociones internas del globo, pueden servirnos de amonestación de aquello.

FUENTES, o manantiales perennes de agua buena, eran de inestimable valor en Palestina, y se ponían en contraste con el desierto y con Egipto, Deut. 8:7; 11:11, y numerosos lugares tomaban su nombre de alguna fuente de sus contornos. Ellas han proporcionado a los escritores sagrados algunas de sus ilustraciones más hermosas sobre cosas espirituales. Así, Dios es la fuente de aguas vivas,” Jer. 2:13. La expiación es una fuente preciosa de purificación, de curación y de vida, Joel 3:18; Zac. 13:1. Los consuelos del evangelio y la felicidad del cielo, se describen también por medio de este símil, Sal. 36:7-9; Apoc. 7:17. La gracia que Cristo da al creyente lo satisfará y será inagotable, Juan 4:14. Véase Pozos.

La palabra “fuente” se usa también para indicar una vasija grande y circular fabricada de los espejos pulidos de metal que contribuían las mujeres hebreas, y la que fue colocada entre la puerta del Tabernáculo y el altar de los holocaustos, con agua para las necesarias abluciones sagradas, Exod. 13:18-21; 38:8; 40:7, 30-32. Para el templo de Salomón, además del gran mar de bronce para uso de los sacerdotes (véase Mar), se hicieron diez fuentes purificadoras de los sacrificios, 2 Crón. 4:6. Cada una contenía cerca de 300 galones, y estaba apoyada en una hermosa base esmeradamente trabajada, 1 Rey. 7: 27-39. Estaban estacionadas dentro del atrio de los sacerdotes, en frente del templo, cinco en cada lado. La fuente era probablemente el depósito, y su base la vasija en que se lavaban las manos y los pies. Véase Templo.

FUT o PUT, *afligido* o *un arco*, Gén. 10:6; 1 Crón, 1:8, hijo de Cam; en otras partes se da este nombre a sus descendientes y al país en que residían. En Nah. 3:9; Jer. 46:9, y Ezeq. 30:5, se mencionan como

aliados de Egipto; en Ezeq. 27:10, como aliados de Tiro; y en Ezeq. 38:5, como aliados de Gog. En la Biblia española esta palabra se traduce algunas veces "Libia" o los "Libios." Josefo y muchos eruditos modernos identifican a Put con Libia, al oeste de Egipto, región ocupada ahora por los Moros. Véase Libia. Otros con la moderna Nubia, región que se halla entre el Egipto y la Etiopía, llamada en los monumentos egipcios Topet, la región del aseo.

FUTIEL o PUTIEL, *afligido de Dios*, suegro de Eleazar el sacerdote, Exod. 6:25.